

muestra Alarcon todavía gran actividad física, y se prodiga en viajes electorales, hasta que, con mejor consejo, realiza el de la Alpujarra, génesis de un libro hermoso y original. En 1874 visita el Monasterio de Yuste, caminata que, según él mismo nos dice, tiene por condición *sine qua non* la de ser algo jinete, para recorrer á caballo las seis leguas que separan á Navalморal de la Mata de Jarandilla. Sin embargo, dos años después, en 1876, frizando Alarcon en los cuarenta y tres años, edad en que no es razón que estén arruinadas las fuerzas físicas ni el ánimo marchito, ya empieza á llamarse *viejo* con acento de melancolía. Reunido con tres amigos suyos, tratan de sobremesa de emprender el viaje más fácil y sencillo del mundo: á Salamanca, aprovechando la reciente inauguración del ferrocarril. Y tales dificultades surgen con sólo enunciar el proyecto, que Alarcon pronuncia un gracioso y humorístico discurso que empieza así: «Señores: ¡Parece imposible que la edad nos haya

reducido á tal grado de miseria! ¿Somos nosotros aquellos héroes que, hace algunos años, recorrían en mulo ó á pie las montañas más altas de Europa, expuestos á perecer entre la nieve, sólo por ver un ventisquero, una cascada, ó el sitio en que los aludes aplastaron á tal ó cuál impertérrito naturalista? ¿Somos nosotros los atrevidos exploradores de la Alpujarra, los temerarios visitantes de Soria, los que llegaron por tierra á la misteriosa Almería, y, sobre todo, los intrépidos descubridores de Cuenca..., de cuya existencia real se dudaba ya en Madrid cuando fuimos allá, sin razón ni motivo alguno, y en lo más riguroso del invierno, tripulando un coche-diligencia que volcó seis veces en veinticuatro horas?...» Sin duda ya estaba verificada en el espíritu del insigne escritor aquella transformación que declara así, en el *Cuadro general* de sus viajes. «Pero, ¡amigo!, me cansé, y me casé: la primitiva fuerza centrífuga de mi carácter se convirtió en centripeta tan luego como

tuve casa y hogar.... Quiero decir con esto que, llegado á cierta edad ó á cierto estado de ánimo, mi antiguo afán de esparcirme, de ver, de ser visto, de correr mundo, de presenciar cuantos sucesos notables ocurrían en mi tiempo (afán que me había llevado á todo linaje de inauguraciones y espectáculos, á ver ajusticiar reos, á la primera Exposición universal de París, á la guerra de África, á la transfiguración de Italia en un solo Estado, á la zona en que el eclipse total de sol de 1860 fué visible, etc., etc.), se trocó en *una invencible tendencia* á recogerme, á concentrarme, á aislarme, á vivir en mi casa, con mi familia y con mis libros....»

Dos años después encontramos en el mismo *Cuadro general* (que es una autobiografía en cifra) la siguiente expresiva indicación: «Planto la tienda en Valdemoro.» Puede, en efecto, considerarse evidente síntoma de finiquito social ese plante de tienda, dulce comedia de tranquilidad monástica que se representan

á sí mismos los combatidos, los exhaustos, los minados por la existencia, los misántropos, — con adquirida misantropía, más ó menos acentuada y más ó menos huraña, pero misántropos al fin. Y celda fué, en realidad, lo que Alarcon encontró en Valdemoro: celda prioral, con jardín y huerto, que permitía refrescar memorias de la infancia, del tiempo en que manejaba «la azada, el almocafre, la hoz y otros muchos instrumentos de labranza» y realizar el dulce programa luisiano:

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que allá en la primavera....,

etcétera.... porque nadie dejará de completar la cita.

Por aquellos años, la movilidad y elasticidad que empezaba á perder Alarcon en la vida, las ostentaba lozanas y resplandecientes en las letras. En ellas se había concentrado la vehemencia y la impulsión ardiente que caracterizaron á aquel

temperamento de africano. La última y más deseada y perseguida ilusión, la que se compaginaba bien con el *almo reposo* y divinamente con la transformación de fuerza centrífuga en centrípeta, era la gloria, la gloria literaria inmarcesible y embriagadora, que ya en la juventud le había acariciado con sus alas la frente.—Sosegado el oleaje de la Revolución, el Arte había recobrado sus derechos, y el nombre de Alarcon era sin duda alguna el que despertaba más ecos de simpatía en el público, sobre todo desde la publicación de *El Sombrero de tres picos*, con unanimidad declarado perla bellísima.—Distinta suerte, aunque no menor resonancia, estaba reservada al *Escándalo*, que Alarcón escribió en circunstancias amargas y dolorosas. «Á fines del inmediato Mayo enfermaron de tos ferina todos mis hijos.... Luchaba ya con la muerte el más pequeño, cuando el 1.º de Junio lo llevamos al Escorial, á ver si lo salvaban aquellos puros y salutíferos aires. Pero murió al día siguiente de nuestra llega-

da.... Allí lo enterré, si no con mis propias manos, presenciando yo su inhumación. Decididos entonces á no separarnos de su tumba sino lo más tarde posible, nos quedamos todo el verano en una casa frontera al cementerio, y desde la noche siguiente á la fúnebre ceremonia emprendí la tarea de acabar el malhadado libro.» Cuatro semanas después se ponía á la venta *El Escándalo*.

Fué desde entonces la vida literaria de Alarcon perpetuo combate, al que se arrojó como el toro al rojo trapo, de estampía, exasperado, magullado, dolorido, exagerando su papel de corrector moral y de representante del idealismo espiritualista, impaciente al menor alfilerazo crítico, y con el amor propio tan en carne viva, que á la fuerza había de sufrir dolores crueles. Bien podría, sin embargo, vivir tranquilo y dichoso, cuando ganaba los mejores florones de su corona de escritor con las obras de su segunda época ó *manera*, que no sólo comprende *La Alpujarra*, *El Sombrero de*

tres picos y *El Escándalo*, sino *El Niño de la Bola*, *El Capitán Veneno*, y finalmente, *La Pródiga*, y que tiene por bandera dos manifiestos leídos en la Academia Española: su discurso de recepción sobre *La moral en el arte*, y la contestación al nuevo individuo de número Alejandro Pidal, contestación que se titula *Discurso sobre la oratoria sagrada*. Asimismo podemos considerar como manifiesto y apología personal muy curiosa la *Historia de mis libros*. En ella ratificó Alarcon el propósito (concebido en horas de amargura y desaliento, después de publicar *La Pródiga*) de no escribir más novelas. «Un invencible tedio hacia la vida literaria se apoderó de mi ánimo....» Era en 1884 cuando Alarcon, estampando estos conceptos, se despedía de la última forma de su actividad vital, tan poderosa y un tiempo tan desbordada. Tenía cincuenta y un años, es decir, era *joven* para las letras, y sin contrariar las leyes naturales ni violentar sus facultades pudo haber escrito quince años más, caso

que Dios se los concediese de vida....

Tres años después, en Mayo de 1887, vi por vez primera á Alarcón, con quien había tenido correspondencia, sobre un asunto que ya saldrá á relucir.—Hallábame yo en la *Sala de manuscritos* de la Biblioteca Nacional, tomando notas y borrajando cuartillas para las tres lecturas que di entonces en el Ateneo, y que reunidas forman el tomo de *La revolución y la novela en Rusia*. Grande fué mi sorpresa, no al ver que se acercaba á mi mesilla de trabajo el Sr. Tamayo y Baus,—porque éste me dispensaba á veces la honra de venir á darme un ratito de palique,—sino al notar que le acompañaba un caballero grueso, pálido, calvo, barbudo, en quien, por la fidelidad de las fotografías, reconocí al punto á Alarcon.

Y tuve el gusto de que me dijese que había bajado expresamente para saludarme; y la complacencia de oír de su boca (si ya no lo probase suficientemente aquel acto de cortesía) que no estaba enojado de verdad, sino ligera y casi benévola-

él te dejará....» El mundo iba dejándole en su soledad de enfermo impedido, mientras Alarcon, por el contrario, sentía una especie de fiebre de comunicación humana.... (si hemos de creer las noticias de *La Época*, periódico tan culto como literario, que siempre manifestó á Alarcon simpatía, adhesión, respeto, todo lo que un escritor puede desear). He aquí el párrafo de *La Época* á que aludo: «Ha tiempo que Alarcon luchaba con una cruel enfermedad, que poco á poco, después de ir apagando los destellos de su inteligencia, le fué arrebatando la vida.... El mundo moderno, que vive con la rapidez de un vértigo continuo, habíase olvidado un tanto de su persona, aunque nunca de su personalidad; pero Alarcón seguía siendo un esclavo del mundo y de su actividad en todas sus esferas; consagrando á los periódicos toda su atención desde por la mañana, apenas cambiaba el lecho por el sillón en que tan amargamente se deslizaban sus horas, hasta por la noche, antes de entregarse nuevamente al reposo.

El gusto con que Alarcón se dedicaba en sus últimos tiempos á esta lectura había llegado á revestir caracteres *de verdadero afán*: sin duda presentía que aquella diaria comunicación con una sociedad en la que tenía tantos amigos y admiradores, era el vínculo postrero que le ligaba personalmente con ella. ¡Cuán verdadero y cuán elocuente es este síntoma! ¡Y cuán intolerable para los temperamentos batalladores y activos la *paz y quietud* impuesta, forzosa! ¡Cuán poco nacido Alarcon para el claustro, siquiera el claustro tuviese forma de hogar dulce y amante! ¡Cuán hondas las raíces de la vida en aquel espíritu de llama!

El domingo 19 de Julio, á las ocho de la noche, espiró Alarcon en su casa de la calle de Atocha.

Rodeaban el lecho la esposa y los cinco hijos: Paulina, la granadina, de veinticuatro años (aquella á quien su padre dedicara versos que rebosan ternura); Pedro, de diez y nueve; Miguel, de diez y ocho; Carmen, de quince, y Petra, de

diez. Este angelito pronunció, al otro día de morir su padre, una frase conmovedora. Al ver que algunos diarios la omitían en la lista de la familia de Alarcon, exclamó la criatura: «¡Se han olvidado de mí! ¡No saben lo que me quería!»

Un ruiseñor andaluz, regalo de un hermano del insigne novelista, colgaba, en una jaula, en la estancia de Alarcon. Hacía días que no cantaba el pájaro, por hallarse en la época de la muda. Pocos momentos antes del solemne, el ave favorita gorjeó y trino: Alarcon, moribundo, se incorporó en su lecho, y murmuró «con expresión indefinible»:

— ¡Ah! ¡El ruiseñor!

Al terminar el canto volvió á caer en letargo ya mortal el enfermo. Admiramos á la santa *Realidad*, generadora de toda *Poesía*. ¡Qué últimas palabras más lindas, significativas é ideales pondría en boca de Alarcon el poeta que pretendiese inventarlas!



NOTAS LITERARIAS

EN esta época del año no se publican libros, pero se preparan los que han de ver la luz en la primer temporada de invierno. Si algunos escritores se dedican á la fecunda inacción, otros no interrumpen el trabajo. Galdós descansa en Santander inspeccionando personalmente las obras de su palacete (la palabra *hotel* me repugna por ambigua y por extranjeriza), y en Santander teje Pereda la novela del invierno próximo, que ha de editar Fernando Fe. Los periódicos nos dicen que durante el curso de su veraneo, Emilio Castelar, que viaja acompañado de un voluminoso cajón de libros concernientes á los asuntos de las obras que tiene en el telar, lleva de frente nada me-